



DIARIO DE CORDOBA.

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACIÓN, NOTICIAS Y AVISOS.

NÚM. 11.535

Suscripción en Córdoba...
 Fuera de Córdoba.....

Por un mes....	2	Pesetas.
Por trimestre..	5,50	"
Por un mes....	2,50	"
Por trimestre..	7	"

JUEVES 29 DE DICIEMBRE DE 1887.

Los señores suscritores á este periódico tienen derecho á insertar gratis en sus columnas un anuncio ó comunicado al mes, que no exceda de quince líneas, y que sea de su exclusivo interés.

AÑO XXXVII

EL PAVO DE PASCUA.

Ahí tenéis. No estamos muy conformes con este giro, mas con todo nos lo dispensamos, porque ya hace tiempo nos hemos acostumbrado á dispensarnos todo.

Ahí tenéis, continuamos, que desde que por nuestros pecados no creemos en nada ni en nadie, desengañados de la vida que nos han convertido en escépticos, teniendo por hipócritas mentiras toda esa falange de multitud de palabras que encierran afectaciones y sentimientos, al parecer, y que solo contienen el vacío, no nos parece ni nada bueno, ni nada honrado, ni nada pasable, á excepción de alguno que otro recuerdo sencillo de nuestra infancia.

Cuando niños, las fiestas solemnes, siempre representadas en la religión. El Corpus, con su procesión de los Santos, y su gigantesca Custodia de plata y oro, artísticamente labrada, y los ángeles, niños santuosamente vestidos, llevando en sus manos incensarios y ramos de flores, y avanzando por las principales calles, entoldadas y colgadas de damascos, y alfombras con juncias y agallombas. La Semana Santa, con sus dramáticos y trágicos cuadros, tristísimos y dulces, de la representación de la pasión y muerte de Jesús, y por último, la Pascua con sus ruidosos cánticos al Nacimiento del Niño-Dios, siempre nos han hecho sentir la amargura de haber perdido aquella edad de la inocencia.

En estas fiestas, siempre ha tenido su principal representación el estómago; ya con dulces, ya con fruta de sarten, masa frita en vulgar, múltiple y variada; ya con bollos y polvorones y alfajor y sopa de almendra, y por último, del pavo, personaje principal para víctima, inmolado siempre el día 24 de Diciembre de cada año, para ser consumido el 25 y días subsiguientes, uno ó dos, á cuantos alcance.

Del pavo, pues, nos vamos á ocupar en este articulejo.

Llega la Pascua de Navidad, y en sus vísperas, lo primero que se os presentará si viajais por los caminos, serán inmensas manadas de esos excelencias, de esos graves, de esos serios barbados de corales, semejantes á los que ostentan docenas de cruces, adquiridas á fuerza de humillaciones, para despues darse tono con los que suponen mas pequeños: á esos oradores que gorgoran enfática é hinchadamente, y no dicen mas que vaciedades y vulgaridades y monstruosidades de á folio; á esos portugueses finchados (los pavos) que cercando en el camino á una liebre, un gazapo, un reptil, sea cual fuese su tamaño, á fuerza de su gorgoreo y sus picotazos tenaces, se lo dejan exánime tras sus huellas.

Si cruzais por las calles, los vereis alternando y rivalizando con los chiquillos y los perros, y las puertas cuando chir-

rean, y los demás vendedores cuando pregonan su género, haciendo un ruido insoportable todos juntos, que desgarran y atruena.

Y con todos estos fantasmiones, estos graves y sesudos animalitos, son la aspiración general de la universal falange humana, para el confort de su estómago, y el refinado regalo de sus paladares.

Como nosotros de seguro no hemos de probarlos, nos contentaremos con el placer de su vista, y con los escarceos y fantásticas á que haya lugar, ó sonando ó despierto, que os aseguro que serán varios y repetidos.

Al llegar estos días, se olvida todo, á excepción de los preparativos para la bucólica extraordinaria con que hemos de celebrarlos, bajo pretexto de una idea cristiana, el refocilamiento material y gastronómico de nuestro individuo.

Don Liborio, mi vecino, hombre natural y asáz despreocupado, de epidermis hispida y acorazada para todas las caricias malévolas de su mujer, doña Manolita, lo vi esta mañana con un hermoso pavo cojido de las patas, que parecía próximo á la aplepegia, por el tinte casi negro de sus corales, y el cual en su primera lucha para cojerlo, le había desgarrado el gaban y había dejado en su pecho de blanca camisa, manchas de materia espesa y multicolor, desahogo de su víctima en preparación.

Al llegar á su casa, ya todo el mundo estaba alerta.

Gasparito llegó corriendo, y detrás moqueando Pepito; el primero de seis años y el segundo de tres.

Gasparito, avanzando y palpando el animal que está en el suelo, principiando á bajar el subido color rojo de sus corales, dijo:

—Papá, yo quiero una pata y todas las plumas para un gorro de general.

Pepito se ha sentado también en el suelo, y principia á estrujar en sus manos los corales de la presunta víctima, á el cual le dice su mamá:

—Mira, retírate. No le arranques las plumas.

—Pues yo quiero una.

—Y yo otra.

—Marchaos corriendo, grita furiosa doña Manuela.

—Pues si yo lo quiero.

—Ay! ay! ay! Un tropel de alaridos exhala Pepito, aumentando con ello las exclamaciones lagrimosas y mucosas que adornan su desaseado semblante.

—¿Qué es eso, qué es eso? gritan á la par Liborio y doña Manuela.

—Ay! ay! ay! es solo la respuesta del chiquillo.

—Tú tienes la culpa, tú solamente; con tirarle de las plumas. Toma, toma.

Don Liborio suelta dos sendas puñadas á Gasparito, y Gasparito cae al suelo, llorando y pateando convertido en una fúria.

Doña Manuela, que había ido á socorrer á Pepito, por un terrible picotazo que había recibido, vuelve inmediatamente á amparar á Gasparito, que pateaba, y echando una mirada de energúmeno á su amantísimo esposo, que trata de retirar el pavo de aquel campo de Agramante para que no fuese víctima anticipada, dice:

—Animal! Lo has medio matado. Mira como se revuelca.

Qué tropel, qué barahunda, qué gritos. Pepito llorando; Gasparito en el suelo retorciéndose como una culebra, y emporcándose como un cerdo; doña Manuela queriendo comerse á su esposo, y en este momento el pavo suelta dos ó tres grandes aletazos, que derriban á doña Manuela, levantándole las faldas y tropezando con don Liborio, escapa como una tromba, que don Liborio quiere sugetar, aunque en balde, llegando por último al pozo y sepultándose en su cavidad sombría.

Don Liborio corre hacia el pozo, y con tal vehemencia detrás del pavo, que casi inclinase sobre el brocal, y si nó le sujeta de una pierna doña Manuela, y á esta que grita "agarraos", Gasparito y Pepito, era indudable que nuestro don Liborio también se hubiese zambullido y ahogado. Mas ¡oh fortuna! Tira Pepito hacia la casa, agarrado del babero de Gaspar, y éste de la camisa y vestidos de su madre, que á su vez tiene cojida la pierna de su esposo, y vióse aparecer por último la cabeza de este, y á la par los brazos sosteniendo de una pata al desesperado animal, que fué inmediatamente encerrado en el corral, con el acompañamiento de gritos y carejadas de contento por la salvación del bicho, y por el aspecto de descomposición que presentaban las destrozadas figuras de toda aquella familia.

—Reverenciado,—gritó doña Manuela á los niños. Con peligro de su vida, ha salvado nuestras Pascuas.

—Papá, papá, ¿me darás las patas?

—Y las plumas, y la bolsa encarnada que tiene en el cogote.

—Sí, si, todo se os dará: la bolsa, las plumas y las patas.

Otra escena.

Doña Jesusa, madre cariñosa de dos jóvenes de 18 y 22 años, y de una niña de 10, acababa de venir del mercado con su doncella asturiana el 24 de Diciembre, con un hermosísimo pavo, que colocó inmediatamente en el patinillo.

Llegó de comer la hora aquel día, y se presentaron sus dos hijos.

Todos se pusieron á la mesa y empezaron con la sopa de arenques.

En este momento aparece Marcelina gritando:

—Han matado al pavo.

Todos se levantan y se dirigen al patio, y quedaron espantados ante la escena.

En el patio no había más que pollos ingleses á que eran aficionados los chicos, y

estos pollos, en descomunal batalla con el nuevo huésped, se enredaron, dando por resultado la muerte del pavo por asfixia y ahogo, y dos de los pollos, quedando otros dos mal heridos y los demás liados.

Momentos antes Marcelina había oído un grande ruido y acudió para presenciar el fin de la batalla.

Un descomunal ruido de gorgoreo se oye en aquel circo. Son los últimos cantos del cisne; las notas postrimeras de la inocencia sacrificada en aras del capricho y aficiones generosas de los dos hijos de doña Jesusa.

Si la generación presente fuera toda de Eleogabalos, seguirían estos bipedos en vida regular y tranquila; pues ya sabemos que los deseos y caprichos de este emperador, por lo tocante á gastronomía, eran el alimento de sesos de ruiséñores, filitros de cangrejos y otras comidas de idéntico género.

Llega por fin la Pascua. Festines en todas partes, y en todas las casas alternando y mezclados con estas peloteras y disgustos sin número. Se pegó la pepitoria. A el asado no se le echó oportunamente el ajo ó las especias: saladas de una manera abrasante las abondiguiillas: el gato se llevó el muslo derecho con la pechuga respectiva: el pachón voló el puchero y la cacerola toda, y sustituyó á sus amos en el festín; pero su ama doña Sinfrosa, en espíritu intransigente de venganza, compró á un municipal un trozo de morcilla de aquel año, con que le regaló despues, terminando sus días entre convulsiones el perdiguero mejor de la villa, que era el encanto de don Eduardo; y este, al conocer tan desgraciado fin, propinó á su vengativa esposa una tan soberana peliza, que la puso á las puertas de la muerte.

En estos días ruidosos, casi todas las casas están convertidas en circos taurinos y de gallos y de boxeadores, y de continua escandalera, y alguna que otra en una oficina de indigestiones por los excesos de la gula.

La Pascua de Navidad sin el pavo no se reputa tal, y en la casa donde no lo hay parece que falta todo.

Los pavos son los héroes de esta fiesta nacional.

Dámaso Delgado López.

Noticias.

De los periódicos de Madrid tomamos las noticias siguientes:

—En La Iberia leemos las siguientes líneas:

“En el terreno administrativo caben asimismo trabajos de práctico efecto, en los que se haga conocer la virtualidad poderosa de un gobierno.

— 56 —
y al punto el soberbio rio volvió su cauce á tomar...

Esa corona preciosa que ciñe tu hermosa frente, no es más que un débil presente de una Reina idolatrada; triste, enferma, desahuciada llegó á ese sacro raudal, y en su límpido cristal, que el ala del ángel mueve, encontré, Virgen, en breve dulce término á su mal.

Frente á tu mansion de amores se eleva noble y severo un precioso humilladero debido á nuestros mayores; en él sus torpes errores recuerda el hombre contrito, al ver tu rostro bendito en el muro que brillanta por cima la fuente santa hoy convertida en Pocito.

Encierra la raza humana seres que suelen hallar vil encanto en difamar

— 49 —
de inefables maravillas, ve el alma: cuán pura brillas, y advierte al cantar tu nombre, que nunca es más grande el hombre que cuando está de rodillas.

¡Cuántos con hondo dolor á tu augustó altar llegaron y su consuelo encontraron en tu sonrisa de amor!... extático el trovador mira esos libros de gloria que aquí cantan tu victoria; y halla, si en ellos penetra, un suspiro en cada letra y en cada signo una historia.

Coronado de albas flores veo despertar aquel día, en que Gonzalo García halló fin á sus dolores: los pintados ruiséñores alegres daban su trino, y ese arroyo peregrino murmuraba dulcemente, antes de esconder su frente en el Bétis cristalino.

El sol con régio decoro

— 52 —
“Gonzalo, paz sea contigo, al pié de aquel cabrahigo vé con pura fé cristiana, y del agua que allí mana dá á tu hija y tu mujer, y al punto las ha de ver la una cuerda y la otra sana.”
En su grande arrobamiento él permanecía embebido, pues era para su oído suave música tu acento; Aciselo al ver el contento en su faz, antes marchita, con dulce gracia infinita le dijo en tono pausado; “haz, fiel, lo que te ha mandado la Madre de Dios bendita.”
Gonzalo con ansia ardiente la antigua higuera buscó, y su mirada posó en la misteriosa fuente: tu bello rostro esplendente otra vez quiso admirar, mas ¡ay! no te pudo hallar; solo vió el fulgor divino que en el éter cristalino dejó tu planta al pasar.

— 53 —
Absorto por un momento creyó que tu aparición era una vana ilusión que forjó su pensamiento; más luego con almo aliento á su hija y casta esposa llevó el agua milagrosa, y al punto que la bebieron las dos exentas se vieron de su dolencia penosa.

El orbe entero admiró con dulcísimo embelso este singular suceso que la fama diulgó; y todo aquel que llegó con célica confianza á ese raudal de esperanza que circundan gayas flores, en él dejó sus dolores y encontró su bienandanza.

En la Arrizafa vivía, lejos del siglo y su engaño, un venerable ermitaño que en Dios su afecto ponía: largos años padecía una horrible enfermedad,

